

los miserables

Resulta curioso la de cosas que se te pueden llegar a pasar por la cabeza cuando te han puesto una venda en los ojos y tienes el cañón de una pistola pegado a la sien.

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...El acero de la pistola está frío, como cuando eras niño y el médico aquél te auscultaba con el estetoscopio aquél (o cómo diablos se diga); o como cuando todavía estás en la cama, porque es domingo, y llaman a la puerta, y te levantas a abrir, y vas descalzo, claro, y en tu piso de cuarenta metros sin ascensor con vistas al patio de luces tampoco tienes parque; o como los besos de Marisa, fríos, cómo el acero...

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...¿Cuántos son? No les he oído abrir la boca.

Entonces te concentras, y escuchas cómo la bala que va a desparramar tus sesos

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

(los mismos que un día creíste que te harían rico, y famoso, y que seguramente mañana acabará lamiendo cualquier puto chucho callejero) de repente deja el cargador y se reubica en el cañón de la pistola.

¡CLIC-CLAC!

Una puta semiautomática.

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...Cuando te encuentras de rodillas sobre un charco de agua, porque hoy a llovido todo el día, porque la tierra está mojada y porque puedo olerlo, ese olor a sucia humedad. ¡Mierda! Entonces ya no sabes si es agua lo que empapa tus pantalones o si es que te has meado encima, porque nunca antes habías estado tan cerca del final, aunque sabías (...y joder si lo sabías) que no podía tardar mucho más en llegar.

¿Dónde me han traído?... ¿Un callejón?

¿Un polígono? ¿Un vertedero?

Entonces daría mi vida por un cigarrillo.

Qué ironía. Qué vida. La que me queda.

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

Segundos... En contra de lo que decía mi madre, al parecer, el tabaco no me matará. Y te planteas si te dará tiempo a terminar tu último pensamiento antes de que te metan una bala con la punta hueca en tu hueca cabeza. ¡Joder!

Y te preguntas si es que está esperando a algo o si es que la espera se te hace (a ti, claro) condenadamente larga... Y de esta forma inicias una especie monólogo, una especie de «vamos a dejar las cosas claras» contigo mismo, y te das cuenta de que hacía mucho que no eras sincero contigo mismo, si es que alguna vez lo fuiste.

Adviertes hasta el más mínimo detalle...

...Un gato, los faros de un coche, no estoy en un vertedero, pasos...

Y de repente... ¡PUM! ¡PUM!

...

Pero lo que realmente hace que te rebanes los sesos durante las próximas décimas de segundo es... por qué no son los

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

tuyos los que manchan tus pantalones... ¿Por.

Qué. Coño. Sigo. Respirando?...

Gustavo Johansson Moreno
los miserables

...hace cuatro meses

Cardona

Primero la forzó, y después la mató. Todos lo sabían, lo sabían muy bien. Lo sabía la señora Bermellón, la portera; lo sabían el señor y la señora Carmesí, vivían en el piso de arriba, ella siempre trataba de no coincidir con él en el ascensor y a menudo subía por las escaleras; lo sabían los Granate, los de enfrente, que estaban hartos de oírlos discutir, todos los días... Todos... Todos lo sabían...

Pero no existían pruebas y aquel grandísimo hijo de puta quedó en libertad sin cargos. Su abogada lo felicitó, una mujer con la frente muy alta, la lengua muy larga y la falda muy corta... ¡Menuda perra!*

A veces pienso que tendría que darles a sus abogados la misma medicina que a ellos, pero por esa regla de tres habría que cargarse a medio mundo, empezando por los políticos

* De 19 días y 500 noches, de Joaquín Sabina.

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

que nos gobiernan, o eso dicen,... y luego tendría que pegarme un tiro porque tampoco yo estoy libre de culpas.

Por esa regla de tres... Joder... Por esa regla de tres sólo quedarían niños y borrachos en el mundo.

Cardona se arrebujó en su gabán, y tiró de las solapas del cuello hacia arriba cuando cayeron las primeras gotas de lluvia. Su cabello, de un castaño claro, desdeñado y lo suficientemente largo como para que le cubriese la nuca y se confundiese con su barba de tres o cuatro días (que sólo se afeitaba una vez empezaba a picarle y se pasaba el día entero rascándose el cuello como afectado por algún tipo de alergia) le conferían un aspecto del que cualquiera desconfiaría; sus ojos, igualmente castaños, con aquella hendidura en su ceja izquierda que dividía su bello ahí en dos partes y que tantas mujeres en su vida habían tachado como rabiosamente morbosa,

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

así como su mirada, fría, y rasgada,... no ayudaban a suavizar su aspecto, como tampoco ayudaba a esto su fuerte constitución (aún, a pesar de sus cincuenta y siete recién cumplidos) de casi metro noventa de alto y noventa y ocho kilos de peso.

Cardona cerró las solapas de su abrigo entorno al cuello y suspiró.

Esta era una lluvia fina, casi imperceptible, casi la agradecía,... podía verla caer si se fijaba en la única farola que alumbraba aquel maldito callejón y que emitía una luz tan tenue como la luz que alumbraba su vida, la luz de la farola se veía intimidada por la oscuridad de la noche y quedaba reducida a un solo halo amarillento, como el foco de un circo de tres pistas antes de su última función. Y a través de ella podía ver la lluvia caer, podía verla caer entre los adoquines de aquella condenada calle del casco antiguo de Barcelona (de aquella Barcelona condenada), en las calles que se habían convertido

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

en su jurisdicción particular desde que dejara el cuerpo para unirse a otro aún más sórdido, podía ver las gotas caer y morir en el asfalto, húmedo, y lo que sintió se le antojó amargamente familiar. Hasta que vio a *cam* (así lo llamaban) cruzar por debajo de aquel haz de luz amarillenta llevándose consigo aquella lluvia, caprichosa y de repente mortecina, como si de un mal presagio se tratara.

Cam iba vestido igual que había acudido a los juzgaos aquella misma mañana (con un de esos chándales negros con rayas blancas que recorren el pantalón de las caderas a los tobillos y en la espalda el nombre sin gancho de un equipo de fútbol de tercera división); cubrió corriendo los últimos pasos que lo separaban de *La noche a partir de las diez*, uno de esos sitios, sabía Cardona, de los que a menudo uno tiene que declarar que no conoce, pero que conocen muy bien los perros más perros de la ciudad, esos para los que el día comienza cuando anochece. Y cuando hubo

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

entrado, cuando por fin la puerta del bar se cerró tras él, Cardona se dirigió a *La noche...*

Cuanto más se acercaba más calor sentía en sus entrañas.

El calor de sus miedos, quemándole la sangre.

El calor que reinaba en aquel tugurio indeseable que un día juró que jamás volvería a pisar.

El calor de lo que estaba por venir...

Antes de entrar casi podía oír las conversaciones de los que estaban sentados a las mesas más próximas a la entrada, aquellas mesas estaban reservadas para los *novales*, así llamaban a los «novatos» en aquel lugar, no precisamente porque hubiesen ganado ningún premio.

Y entonces abrió la puerta, y dejó que la lluvia limpiara un instante el pequeño rellano que daba a la barra del bar antes de entrar, y suspiró, y maldijo, y entró y soltó la puerta que se cerró de nuevo tras él amortiguada por

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

algún tipo de resorte ahogando al final el murmullo de la lluvia al caer al otro lado.

Se diría que había más luz afuera que en aquel condenado lugar, un *radiocedé* sobre una silla al lado de la entrada escupía notas de jazz acompañadas de una voz femenina con la garganta cargada de nicotina, las paredes adornadas con las fotos enmarcadas de viejas glorias de la música negra de finales del siglo pasado, y en la barra viejas glorias de nuestros días que fueron alguien hace tiempo pero que ya nadie recuerda. A ambos lados de la barra reservados de esos de mullidos sofás de apagados colores para que quien compre algo que no está permitido vender pueda tener enfrente al abogado del diablo con las manos encima de la mesa y la mirada clavada en la suya, y sobre sus cabezas ventiladores de esos de cuatro aspas que se mueven con la fuerza justa para sólo hacer circular el aire... Y el ambiente cargado de humo y de malos modos y de absurdas supersticiones de esas que

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

siempre acaban matando a alguien; los rostros de la gente nadaban en un mar de sombras y sus miradas de gato lo seguían cuando pasaba por delante de cualquiera de ellos, algunos callaban hasta que pasaba de largo, otros continuaban hablando, conversaciones que eran sólo un puñado de siseos,... mientras el *barman* limpiaba con un paño sucio la barra ennegrecida por el paso de los años y el alcohol.

Cam se había pedido una cerveza y permanecía sentado a una mesa cerca de los baños. En lugares como aquél, como todos ahí sabían, la gente sólo va al baño para meterse, y todos ahí sabían, también, y muy bien, lo floja que tenía *cam* la nariz. Entonces estaba solo, como esperaba, «*y seguramente también colocado*» se dijo Cardona. Y, sin más, se dirigió hacia él, le perdonó la vida de soslayo y se sentó enfrente suyo.

Cam lo observó un instante, se lo quedó mirando fijamente, y aguardó, como el que trata

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

de dar a entender que nada le importa (porque así era). Y, finalmente, chasqueó la lengua en un gesto de aspaviento y le preguntó:

—...¿Eres Cardona?

Cardona asintió levemente, y después dirigió la mirada a la barra, levantó la mano y llamó al *barman*.

Se le acercó el mismo chico que limpiaba la barra, con los pantalones caídos y uno de esos peinados de moda que dan la sensación de que uno se haya acabado de levantar hace sólo unos minutos.

—¿Sí?...

—Un bloody mary.

—¿Qué cojones es un bludimeri?...

—Tráeme un vodka, el que tengas, me da igual, con zumo de tomate. ¿Tienes?....

—Eso sí...

El chico se retiró y los dejó solos otra vez.

—Por qué me has llamado... —preguntó *cam* de nuevo, impaciente— Qué coño de

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

pruebas son esas de las que me hablabas...
Hoy me han declarado inocente... ¿Lo sabías?...

—Le diste su merecido —le dijo Cardona por fin— ¿Verdad?... —se llevó un cigarrillo a la boca, lo encendió, y el humo de su primera calada trepó hasta el techo agarrándose al haz de luz amarillenta que colgaba por encima de sus cabezas encerrándolos en un círculo de muerte.

—Casi le hice un favor a esa zorra —le respondió *cam*, porque el hombre que tenía enfrente lo sabía, porque todo el mundo lo sabía, porque le daba lo mismo— ¿Te conozco?... —vaciló un momento— Tu cara me suena...

—No. No me conoces.

—Entonces de qué pruebas me hablas...
¿Eres detective,... o algo así?...

Pero Cardona no le contestó, insistió:

—¿Por qué lo hiciste?...

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

Entonces *cam* rió, y se regocijó en sus carcajadas, como el asesino que era y que ríe cuando le recuerdan lo que ha hecho.

—¡Joder!... No tienes pruebas, de nada... —continuó con una burda sonrisa enmarcándole la cara, desviando la vista al techo— ¿Verdad?... Joder... Eres un puto morboso —y volvió a clavar su mirada en él— ¿Qué eres?... ¿Un maldito periodista?... ¿Escritor o algo así?... —comenzó a reír de nuevo, más fuerte esta vez.

—...¿Por qué lo hiciste? —insistió Cardona una vez más. Otra calada, otra cortina de humo, otra mirada rasgada.

Entonces *cam* pareció saltar de repente, volvió a desviar la vista y la devolvió al frente otra vez, rápidamente... Lo atravesó con la mirada.

—Oye... La quería, ¿vale?... —le dijo como el que grita queriendo bajar la voz al mismo tiempo— ¡Escribe eso en tu condenado

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

libro! —apuntó con su dedo índice sobre la mesa.

En aquel instante se les acercó el *barman* y le dejó a Cardona su copa sobre la mesa, sangrienta como una puñalada.

—...Su... bludiloquesea,... señor...

—Gracias.

Y volvió a dejarlos solos. Su *bloody mary* entre los dos, roja,... los ojos de uno inyectados en sangre y los del otro con las pupilas demasiado dilatadas por culpa de tantas frustraciones y de tanta coca.

—Puedes irte al cuerno... —pronunció *cam* de nuevo, al cabo, cuando decidió que aquella entrevista, «*¡jo lo que cojones fuera!*» pensó, había terminado. Cuando de repente la expresión de su cara se transformó en una mueca de dolor, y de asombro, y frunció el ceño y abrió la boca, como si quisiese decir algo más, pero no asomó una sola palabra más a sus labios temblorosos —Hijo de puta...

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

—ladró después de unos segundos, y parpadeó dos, tres veces...

—Deja que yo también te haga un favor... —le dijo Cardona entonces colocando sobre la mesa un cuchillo de medio metro de largo pringado de sangre, y apagó la colilla de su cigarrillo en ella, coagulándola, como los viejos sellos de cera que se cerraban con fuego. La sangre estaba caliente, se dijo, podía notarla en la palma de su mano manchada de rojo.

—Eres el guarda, el condenado guarda que había en la sala, ahora me acuerdo... —lo reconoció *cam* en aquel momento— ¿Por qué?...

Entonces Cardona sonrió irónicamente.

—¿Porque te quiero?... —le dijo, y le colocó la palma de la mano sobre una de sus mejillas y lo ayudó a apoyar la cabeza sobre la mesa, su índice y el corazón manchados de sangre dejaron en su rostro un macabro tatuaje, como el de un indio salvaje de una de

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

esas viejas películas del oeste; sonrió— Yo también te quiero —le dijo otra vez— Hijo de puta... —le susurró al oído cuando su expresión desencajada descansaba ya al lado de su última cerveza.

—Vete al infierno...

—Tú primero —le susurró Cardona de nuevo; algún día también él iría al infierno, seguro, se dijo, de eso no tenía duda. Pero antes enviaría allí a tantos condenados como aquél, o como aquel otro de hacía unas semanas, y como al que le tocara mañana, y pasado mañana, como su padre,... a tantos como le fuera posible para no sentirse solo cuando él finalmente también bajara. Pero antes que todo eso tendría que ir a ese maldito polígono que decía la carta que había a las afueras— Tú primero... —le dijo otra vez mientras la mirada de *cam* se perdía en un punto fijo en ningún lugar detrás de él— Tú primero... —entonces le puso en la mano la cerveza que estaba tomando antes de que

Gustavo Johansson Moreno

los miserables

llegara, se acabó su copa de un trago, dejó un billete y unas monedas sobre la mesa, se puso en pie y se marchó.